

Pacientes

Ricardo Sumalavia

Narrador, traductor y profesor universitario. Es autor de los libros *Habitaciones* y *Enciclopedia Mínima*

Eran casi las diez de la mañana y él caminaba inquieto por la sala de su casa, con las manos dentro de los bolsillos de su bata de dormir. Se comportaba así cuando su esposa tardaba en salir para realizar las compras del día en el supermercado. Únicamente sabiéndose solo en casa se atrevía a coger un libro, ir hasta su sillón de forro azul, sentarse y empezar a leer. En realidad, no siempre fue así. Esa rutina llevaba poco tiempo. Antes, casi durante treinta años, a esa misma hora del día, él solía encontrarse en su despacho de la facultad, leyendo con deleite, tomando apuntes, preparando alguna clase, quizás atendiendo la conversación con alguno de sus estudiantes más destacados o simplemente viendo desde su ventana pasar a todos esos otros jóvenes que cada año le eran más indiferentes.

Ahora era distinto. El severo problema en sus cuerdas vocales le obligó a decidirse por dejar el trabajo en la universidad. Ya no podía hablar. Aunque el médico, su esposa, su hija (secundada por su yerno) y algunos colegas le explicaron con claridad que su afonía permanente no lo imposibilitaba de realizar otras labores desde su despacho, él resolvió jubilarse y encerrarse en casa. En reiteradas oportunidades una que otra revista especializada en su área lo invitó a colaborar con algún artículo, pero él rechazó todas estas propuestas con escuetas cartas de agradecimiento. Se negó, además, al ofrecimiento de profesor emérito que le propuso el rector de la universidad. Prefirió que sus días transcurrieran entre lecturas por las mañanas, una moderada siesta después del almuerzo, películas por circuito cerrado que había seleccionado previamente de su revista de programaciones y una sola salida a la calle: la silenciosa caminata nocturna que hacía con Lucía, su esposa, por las calles aledañas.

Al principio, el uso de una libreta fue esencial. Llenó muchas con todo tipo de pedidos e ideas que quería transmitir. Mandó a comprar docenas de pequeñas libretas creyendo que éstas se colmarían cuando recibiera las visitas de sus antiguos compañeros de trabajo. Sin embargo, los primeros visitantes al parecer no lograron adaptarse a aquella nueva forma de comunicarse con él. Los silencios mientras aguardaban que su amigo escribiera alguna respuesta terminaban por angustiarlos. Por otro lado, frente a ellos veían a un hombre que, salvo el problema de la afonía, todavía mantenía todas sus fuerzas y demás capacidades. No hallaban una real diferencia con ellos y los abatía pensar que pronto

podrían estar como él. Paulatinamente las visitas mermaron y los pocos que iban a casa, especialmente los familiares, no se dirigían a él. Les bastaba con saludarlo, comentar lo bien que lo veían y, cuando él se marchaba a algún otro ambiente de la casa, preguntarle a su esposa por su verdadero estado de salud. Así se forjó su nueva rutina y sus anotaciones prácticamente no tuvieron otro destinatario más que él. A ello se agrega que su hija ya no estaba en casa, pues se había casado y su segundo embarazo había concentrado toda la atención familiar, y su esposa ya no requirió mucho de sus notas, porque aprendió rápidamente a interpretar los gestos y movimientos de manos de su marido. Desarrollaron de esta manera un código personal, aunque ella le pidiera más de una vez que tomaran un curso de comunicación gestual, pero él siempre le respondió con una exagerada y desdenosa sonrisa que, incluso cuando él todavía podía hablar, significaba que no quería hacerlo.

Dieron las diez de la mañana y su esposa salió con la empleada de servicio. Si bien tenían auto, ella prefería ir a pie hasta el supermercado. Como la compra era diaria, pocas eran las bolsas que traían consigo. Él, desde la puerta de su casa, las observó atravesar el jardín posterior. Su esposa, ya en la calzada, levantó la mano y movió rápidamente los dedos, despidiéndose, sin mirarlo. Él cerró la puerta y fue directo a su sillón. Encontró el libro sobre el asiento, tal como lo había dejado el día anterior. Al leer unas cuantas páginas, creyó reconocer algunas de las ideas desarrolladas por ese autor. Avanzó unos párrafos más de su lectura y confirmó que, efectivamente, repetía las mismas afirmaciones de un investigador italiano. No podía creer semejante atrevimiento. Decidió ir a su biblioteca, en el segundo nivel, en busca del ejemplar y así poder cotejar los textos. Para él estaba claro que únicamente lo movía la curiosidad, ya que, de comprobar el plagio, allí terminaría todo. No se le antojaba hacer ninguna denuncia. Venía pensando en esto cuando, antes de llegar a las escaleras, cogió el lapicero que se hallaba junto al teléfono. Lo hizo llevado por un impulso, puesto que no era necesario; traía el propio en el bolsillo de la bata de dormir. Sin embargo, apenas lo sostuvo, el teléfono empezó a sonar. El súbito timbrado le hizo soltar el lapicero y levantar la bocina para evitar que continuara sonando. Sólo entonces, con el teléfono en la mano, sosteniéndolo como quien tuviera una prenda sucia entre los dedos, alejándolo de sí, recordó



que él no podía atender esa ni cualquier otra llamada. Cuando quedaba solo en casa, era usual que su esposa encendiera la contestadora. Vio hacia la máquina, aquella caja negra llena de botones, y la intermitente luz roja le indicó que sí había sido activada, pero, una vez descolgado el teléfono, no servía de nada. «¿Lucía?», escuchó claramente, a pesar de tener el aparato a cierta distancia. «¿Lucía?», insistía la voz al otro lado. Mientras acercaba lentamente el teléfono a su oído, el nombre de su esposa fue repetido reiteradas veces. «¿Lucía, eres tú? ¡Contesta!» Pudo distinguir la voz de su yerno. Con torpeza, nervioso, metió la otra mano al bolsillo de su bata y empezó a rasguñar el lomo de su libreta. Luego tragó saliva y, en un esforzado intento, consiguió emitir un sonido breve, ridículo, que le produjo un terrible dolor en la garganta. «¿Don Braulio?...Don Braulio, escuche. Quédese tranquilo»- su yerno habló muy lentamente, espaciando cada sílaba-. «Acabo de traer a Carla a la clínica. Ya tiene los dolores de parto. Ella está bien. Me dicen que quizás en una hora nazca el niño. Venga con Lucía... Don Braulio, ya nace el príncipe. Aquí los esperamos.» La llamada concluyó y él aún permanecía con el teléfono en la mano. Intentaba fijar sus pensamientos y éstos se entrelazaban caprichosamente. Se preguntó una vez más por qué su yerno tuteaba a su esposa y a él no, en qué momento se les ocurrió llamar «príncipe» a su primer nieto, por qué tuvo que hablarle tan despacio, ¿acaso creía que sufría de algún retardo mental? Se dijo que lo más conveniente era cambiarse de ropa, buscar las llaves del auto y esperar a que regresara su esposa. Pero antes sacó su libreta y anotó: «Nace mi nieto».

Cuando ella regresó, se sorprendió ver las puertas de la cochera y a su marido parado junto al auto. Él, adivinando la reacción de su esposa, con sus dos manos le hizo la señal que significaba que todo estaba bien. Pero no sirvió de nada. Ella abandonó la bolsa en el piso y corrió hacia él. La muchacha de servicio, en cambio, se quedó inmóvil sobre la calzada, con una expresión vacía. Su mujer llegó hasta él y le hizo muchas preguntas. Ella hablaba mientras le sujetaba de los brazos y le observaba con detenimiento, buscando la huella de algún accidente. Para evitar más demoras, él sacó su libreta y le mostró la página con su última anotación. Ella leyó e inmediatamente empezó a reír con nerviosismo. Se llevó una mano a la cabeza y continuó riendo. Él no supo qué hacer. Quizás, como él, se sentía ridícula ante la evidencia de ser abuela por primera vez. Todas las parejas de amigos de su edad tenían tres o cuatro nietos mayores. Pero ellos no. Tardaron en decidirse a tener hijos y, cuando nació Carla, la idea de tener nietos les pareció todavía más remota. No se dieron razones para esto último, pero así lo habían asumido. Y ahora su esposa no paraba de reír y él se estaba preocupando.

Con un movimiento de manos llamó a la muchacha de servicio. Ésta se acercó muy despacio, sin comprender absolutamente nada. Él insistió con sus manos para que la muchacha se apresurase. Al tenerla cerca, también le enseñó lo escrito en su libreta y le anotó más abajo que llamara por teléfono al doctor Suárez, le contara sobre el estado de su esposa y le pidiera algo para tranquilizarla. La muchacha asintió y entró a la casa por la cochera, llevándose la libreta y las bolsas con las compras. Él abrazó a su esposa y le acarició el cabello. Ella comenzó entonces a hipar y sus risas se entrecortaron, dificultándole la respiración y agitándola cada vez más. Trató de calmarla llevándose la más hacia su pecho y rodeándola con sus brazos. Por un momento pareció atenuarse la agitación y ella señaló hacia el auto, en una clara indicación de que subieran y fueran a la clínica para ver a su hija Carla. Él negó con la cabeza y la condujo a pasos muy lentos por el estrecho espacio dentro de la cochera. Es cierto que él inicialmente aguardaba que ella condujera el auto, él no lo había hecho desde que dejó de trabajar, pero se daba cuenta de que tal como se encontraba su esposa era imposible. Lo más conveniente, pensó, era pedirle a la muchacha que llamara un taxi por teléfono. Era probable que el servicio de taxis tardara en llegar a su casa, pero en ese momento no se le ocurría una mejor solución. Daba por descartado aventurarse a la calle y coger un taxi cualquiera. No con su esposa así. De pronto, antes de que ingresaran a la cocina, vieron a la muchacha que aparecía con un vaso de agua. Dijo que el médico había recomendado que la señora Lucy tomara uno de sus calmantes ya recetados anteriormente por él. Al decir esto abrió la otra mano y mostró una diminuta pastilla color rojo. Él creyó recordar esas pastillas. La vio tomar alguna de ellas cuando inició su problema con la pérdida de voz.

Beber el agua y la pastilla alivió muchísimo a su mujer. Había dejado de reírse y tan sólo le quedaba un hipo que se fue espaciando a medida que se aletargaba su cuerpo.

—Vamos a ver nuestra hija— dijo su esposa en un tono pausado, pero resuelto. —Ahora.

Él la encaminó de nuevo hacia el auto. Sabía que ella no tendría intenciones de aguardar un taxi. Con un movimiento de cejas que él hizo, la muchacha entendió que debía ayudar a sentar a la mujer en el asiento del copiloto. Después de ubicarla, ella le colocó el cinturón de seguridad a la señora y de inmediato fue hasta las puertas de la cochera y las abrió de par en par. Entretanto, él aún se acomodaba frente al volante, resoplando, repasando mentalmente todo el procedimiento antes de introducir la llave y encender el motor.

—Vamos— oyó decir a su mujer.

Al avanzar los primeros metros, creyó que estaba exagerando en su temor a conducir nuevamente. No tendría por qué ser tan diferente



de antes de la enfermedad. ¿Acaso se le habían atrofiado sus demás sentidos? Esbozó una sonrisa al recordar la expresión de alarma en el rostro de la muchacha de servicio cuando salió de cochera y enfiló hacia la calle. Miró hacia su esposa y ella permanecía impávida, sin risas nerviosas ni hipo. «Mejor así», pensó él. Al llegar a la segunda calle notó que estaba yendo muy despacio, a menor velocidad que la de un aprendiz. Aceleró. En unos momentos se sumó al ritmo de los demás autos. Que éstos aparecieran en gran cantidad cuando tomó la avenida lo puso algo inquieto. Sus brazos se pusieron más rígidos. Él sabía que no era recomendable esa reacción, pero no la podía evitar. Pensó que era más conveniente tomar una ruta alterna, con menos autos, así tuviera que detenerse ante más semáforos. Al doblar a la derecha bajó bruscamente la velocidad y se olvidó de encender las luces direccionales. Tan sólo hacerlo le reveló el grave error que había cometido. En fracciones de segundo tomó de la mano a su esposa y esperó el golpe.

En efecto, otro auto les dio un topetazo en la parte trasera. Él y su esposa fueron sacudidos por el impacto, pero éste no fue tan severo como él presumió. Una rápida mirada dentro de su auto le confirmó que no hubo daños y su mujer, aunque con una palidez extrema y sin darse clara cuenta de lo que pasó, se encontraba bien. Maquinalmente se desabrochó el cinturón de seguridad y salió del auto. Una vez fuera, le fue a cada instante más dificultoso mover la cabeza hacia los lados. Y el dolor en el cuello fue en aumento cuando, al girar todo el cuerpo hacia la parte trasera del auto, vio venir hasta él a un sujeto iracundo. Creyó que éste iba a pasar sobre él, que lo iba a arrollar, que las recriminaciones tenían que ir dirigidas hacia otro.

El hombre se detuvo frente a él y empezó a insultarlo. Cada grito que daba iba acompañado de una fuerte palmada sobre el techo del auto. Le increpaba por su error y le exigía que le entregue sus documentos. Él se llevó las manos a los bolsillos, pero no buscando sus documentos, sino su libreta. No la tenía. La muchacha del servicio se había quedado con ella. Se inclinó ligeramente para ver a su esposa, pero ésta había vuelto a su impasibilidad debido al calmante que tomó. «Cuando le pase el efecto de la pastilla le dolerá todo el cuerpo», se dijo. Otro sonoro golpe en el techo de su auto lo obligó a erguirse de inmediato y mirar hacia el hombre. «¿Cómo comunicarse con este conductor enardecido?», se preguntó. Ni siquiera tenía un lapicero a la mano. ¿Y qué hubiera hecho con uno? ¿Le pediría un trozo de papel a ese sujeto que parecía incapaz de aceptar explicaciones?

Lo golpeó. Él le dio un puñetazo al conductor. Éste había vuelto a gritarle y a levantar la mano para dirigirla hacia el auto, pero fue en ese preciso momento que concentró su fuerza en el brazo y le descargó el puño en la mandíbula. Incluso después de haberlo hecho y ver al conductor caído, sujetándose el rostro con sus dos manos, no podía creerlo. Miró hacia los alrededores buscando absurdamente a alguien para que le confirmara lo que acababa de hacer. No hubo transeúntes y ningún otro auto se detuvo. El conductor continuó tirado en el suelo. De pronto decidió subir a su auto y, al tratar de girar la manija de la portezuela, descubrió que aún tenía el puño cerrado. Trató de serenarse, pero le costaba demasiado. Una vez dentro, encendió el auto y se alejó del lugar lo más rápido que pudo. Su mujer lo observaba con una mirada ida. Él, sin dejar de mirar hacia delante, abrió la boca y se imaginó diciendo «vamos a ver a nuestra hija», pero su esposa, en su letargo, creyó que su marido daba un prolongado grito. 

